

MARTHA C. NUSSBAUM
(FRAGMENTO SOBRE LA IMAGINACIÓN LITERARIA EN *JUSTICIA POÉTICA*)

Notando en sus hijos un extraño e insalubre exceso de imaginación, una perniciosa floración del sentimiento, en suma una renuncia a esa perfecta racionalidad científica en que se basan la vida privada y pública cuando están bien administradas, el señor Gradgrind, economista, hombre público y educador, se pregunta cuál es la causa:

—¿Será posible —se preguntó el señor Gradgrind, cavilando con las manos en los bolsillos, los cavernosos ojos en el fuego—, será posible que algún preceptor o criado haya hecho alguna sugerencia? ¿Será posible, a pesar de todas mis precauciones, que un improductivo libro de cuentos haya entrado en esta casa? Porque, en mentes que se han formado en el rigor y la disciplina desde la cuna, esto resulta raro e incomprensible.

El señor Gradgrind sabe que los libros de cuentos no son meramente decorativos o amenos, aunque esto ya bastaría para hacerle dudar de su utilidad. Entiende que la literatura es subversiva. Es enemiga de la economía política tal como la conoce el señor Gradgrind: un ambicioso proyecto científico consagrado a representar las complejidades de la vida humana en «forma tabular». La literatura expresa, en sus estructuras y formas de decir, un sentido de la vida que es incompatible con la visión del mundo encarnada en los textos de economía política, y modela la imaginación y los deseos de una manera que subvierte las normas racionales de dicha ciencia. Con buenos motivos, desde su punto de vista, el señor Gradgrind enseña a Sissy Jupe, la inculta chica de circo, a considerar que los libros de cuentos que antaño ella leía afectuosamente a su padre son «libros malos» de los cuales mejor ni hablar. Y con buenos motivos se deprime al reflexionar sobre el futuro de su país, cuando piensa en los ciudadanos que acuden en tropel a las bibliotecas públicas de Coketown y «se prendaban de Defoe en vez de Euclides, y hallaban más confortación en Goldsmith que en Cocker». Cuando estos vanos libros de cuentos entran en la casa, la economía política corre peligro. El mundo se ve de otra manera, y las actividades antieconómicas como imaginar y sentir no sólo se representan en el papel sino que se llevan a cabo.

El señor Gradgrind tiene razón: la literatura y la imaginación literaria son subversivas. A estas alturas estamos acostumbrados a pensar en la literatura como algo optativo, como algo magnífico, valioso, ameno, excelente, pero que existe al margen del pensamiento político, económico y judicial, en otro departamento universitario que es accesorio más que competitivo. La segmentación del mundo académico moderno —junto con las teorías estrechamente hedonistas del valor literario— nos ha inducido a perder ese concepto que el señor Gradgrind apreciaba con firmeza: que la novela (pues a partir de aquí me concentraré en la novela) es una forma moralmente controvertida que expresa, con su forma y estilo, en sus modalidades de

interacción con los lectores, un sentido normativo de la vida. Pide a sus lectores que observen esto y no aquello, que actúen de tales maneras y no de otras. Los induce a adoptar ciertas actitudes en vez de otras, con la mente y el corazón. Y, como bien percibía el señor Gradgrind, dichas maneras son malas y tales actitudes sumamente peligrosas desde el punto de vista de una racionalidad económica estrecha, que es, a su entender, normativa para el pensamiento tanto público como privado.

Pero si la literatura, desde la perspectiva de un economista como el señor Gradgrind, es tan peligrosa que merece eliminarse, ello implica también que no es un mero ornamento, que tiene el potencial para hacer una clara contribución a nuestra vida pública. Y si tenemos dudas acerca de los libros que agradan al señor Gradgrind –así como de su pertinencia como visiones de la humanidad, como expresiones de un sentido cabal de la vida social– podríamos considerar que el enfático repudio del señor Gradgrind es un motivo más para invitar a los libros de cuentos a entrar en nuestra casa para defender su causa. Y si logran defender su causa, podríamos tener imperiosas razones para invitarlos a quedarse, no sólo en nuestras casas y escuelas, modelando las percepciones de nuestros hijos, sino también en nuestras instituciones de enseñanza política y de estudios de desarrollo, y en nuestros gobiernos y tribunales, e incluso en nuestras facultades de Derecho –donde se modela y alimenta la imaginación pública–, como partes esenciales de una educación para la racionalidad pública.

Me concentraré, pues, en las características de la imaginación literaria como imaginación pública, una imaginación que sirva para guiar a los jueces en sus juicios, a los legisladores en su labor legislativa, a los políticos cuando midan la calidad de vida de gentes cercanas y lejanas. Remitirla a la esfera pública es complicado, pues muchas personas que creen que la literatura es esclarecedora en lo concerniente a la vida personal y la imaginación privada la creen inservible para abordar las grandes preocupaciones de las clases y las naciones. Se entiende que entonces se necesita algo con mayor solidez científica, más distante, más rigurosamente racional. Yo argumentaré que aquí, con más razón, las formas literarias pueden hacer una contribución única. Defenderé esta argumentación comenzando con *Tiempos difíciles* de Dickens, que aborda explícitamente el tema de la contribución de la novela a la vida moral y política, representando y encarnando su triunfo sobre otras maneras de imaginar el mundo.

Martha C. Nussbaum, *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*, Barcelona, Andrés Bello, 1997, págs. 25-27.

PREGUNTAS SOBRE LA LECTURA:

1. El texto de Martha C. Nussbaum que acaba de leer comienza con una alusión a varios personajes de una novela de Charles Dickens, *Tiempos difíciles*. Según vemos, el señor Gradgrind teme a los libros de cuentos y a las novelas en general. Propongo que reflexione sobre las siguientes preguntas:
 - a. ¿Por qué cree que les teme?
 - b. ¿Qué quiere decir Martha Nussbaum cuando afirma, describiendo los temores del señor Gradgrind, «que la literatura es subversiva»?
 - c. ¿Y en qué sentido crees que la define como una actividad «antieconómica»?

2. Parece ser, a su vez, que el señor Gradgrind se quedaría efectivamente más tranquilo si la literatura se confinase al terreno del hedonismo. Dicho lo cual:
 - a. ¿Cree que la literatura es, por encima de todo, una cuestión de hedonismo?
 - b. ¿Qué cree que quiere decir Martha Nussbaum cuando afirma que la novela «es una forma moralmente controvertida»?
 - c. ¿Y cuando dice que expresa «un sentido normativo de la vida»?

3. Por último, ¿cree que la imaginación literaria tiene una utilidad pública o considera que hablamos sólo de una cuestión privada? Razone bien su respuesta.